



Aristófanes



ARISTÓFANES

LAS NUBES

Aristófanes

Las nubes



Aristófanes

Comediógrafo griego, considerado el principal exponente del género cómico, nació en Atenas, Grecia, y, pese a que no se conoce la fecha exacta de su nacimiento, algunos críticos señalan que fue aproximadamente en el año 450 a.C.

Vivió durante la guerra del Peloponeso y el enfrentamiento constante entre Atenas y Esparta, conflicto que reflejó en su obra *Lisístrata* (411 a.C.). Fue conservador, tradicionalista y crítico con la política y las figuras representativas de Atenas. Además, sus creaciones se caracterizan por la alternancia entre el diálogo y el canto. En su obra *Las nubes* (423 a.C.) critica la participación del filósofo Sócrates en la enseñanza de los jóvenes y expone su aversión hacia la retórica. En *Las ranas* (405 a.C.) utiliza la sátira para ir en contra de Eurípides, pues califica sus obras como la degradación del teatro clásico. En la actualidad, solo se conservan once de sus cuarenta comedias.

Falleció aproximadamente en el año 386 a.C., en Atenas.

Las nubes
Aristófanes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

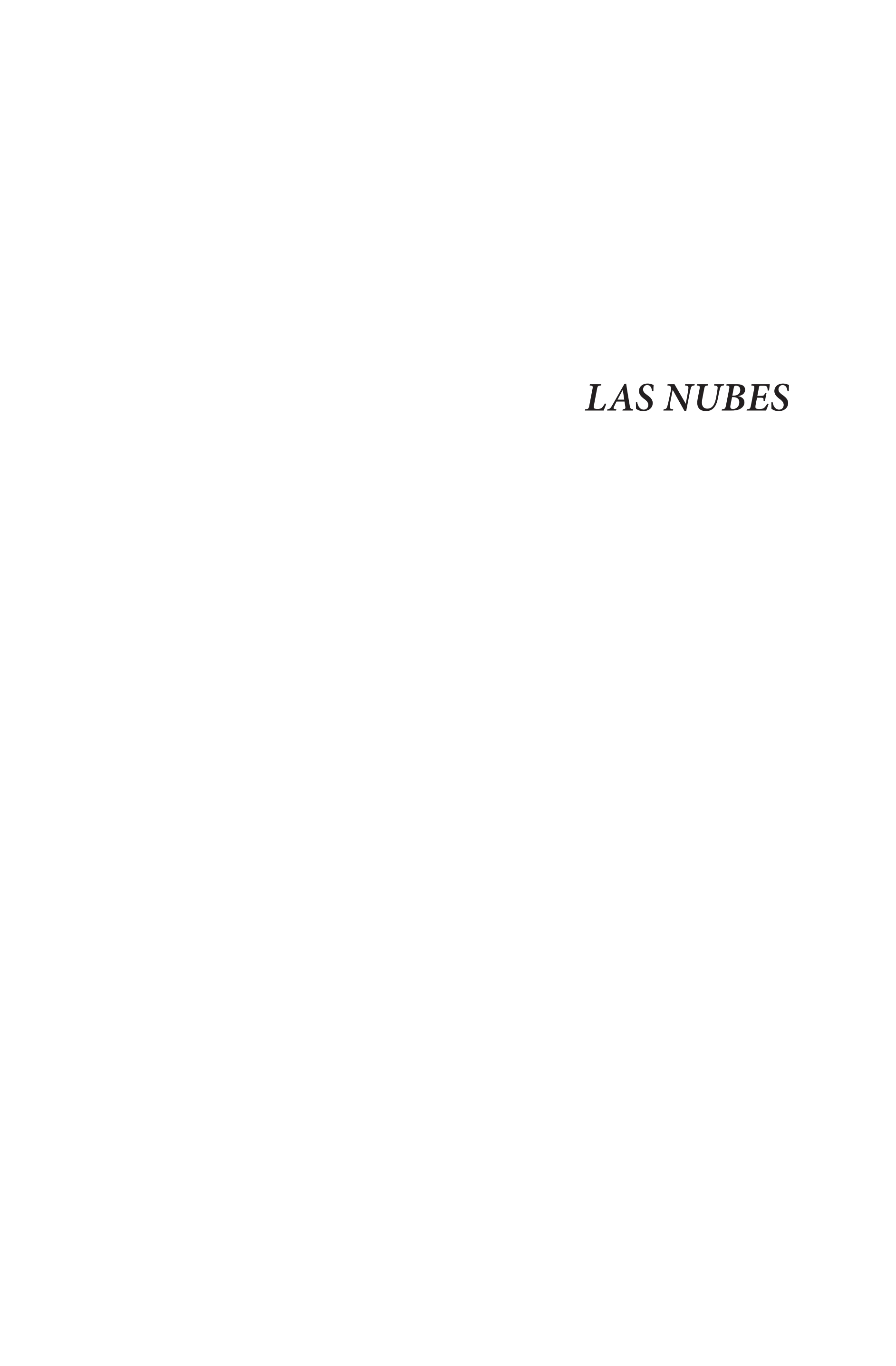
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LAS NUBES

PERSONAJES

Estrepsíades, agricultor ateniense

Fidípides, hijo de Estrepsíades

Un esclavo de Estrepsíades

Discípulo de Sócrates

Sócrates, el filósofo

El Razonamiento Justo, representado como un hombre mayor de porte antiguo

El Razonamiento Injusto, un joven con atuendo moderno

Pasias, acreedor

Un testigo de Pasias

Aminias, acreedor de Querefón

Coro de nubes, en figura de mujeres

(*Representa una plaza en la que se ven dos casas. A un lado, está la de Estrepsíades, en ella hay dos lechos ocupados. Al otro lado, la de Sócrates, que es muy pequeña y cuya puerta está cerrada*).

ESTREPSÍADES.— (*Incorporándose*). ¡Oh, Zeus supremo! ¿Es acaso interminable la duración de las noches? ¿Nunca se hará de día? Mucho tiempo ha que he oído el canto del gallo y, sin embargo, los esclavos aún están roncando, antes no sucedía así. Maldita sea la guerra que me impide hasta castigar a mis esclavos. Este buen mozo no despierta en toda la noche y duerme profundamente, envuelto en las cinco mantas de su lecho. Pero probemos a imitarle... (*Vuelve a meterse en su catre y enseguida se levanta de nuevo*). ¡Pobre de mí!, no puedo conciliar el sueño. ¿Cómo he de dormir, si me atormentan los gastos, la caballeriza y las deudas que he contraído por causa de este hijo? Él cuida su cabellera, cabalga, guía un carro y sueña con caballos; y yo me siento morir cuando llega el día veinte del mes, porque se acerca el momento de pagar los intereses. Muchacho, enciende la lámpara y tráeme el libro de cuencas para que examine los gastos y, averiguando a quiénes debo, calcule los intereses... Ea, veamos, ¿cuánto debo? «Doce

minas a Pasias». ¿Y por qué doce minas a Pasias? ¿En qué las he gastado? Cuando compré el *Coppatia*. ¡Desdichado de mí! ¡Ojalá me hubiesen vaciado antes un ojo de una pedrada!

FIDÍPIDES.— (*Soñando*). Filón, guías mal, tu carro debe seguir a este.

ESTREPSÍADES.— He aquí el mal que me mata, hasta durmiendo sueña con caballos.

FIDÍPIDES.— (*Soñando*). ¿Cuántas carreras es necesario dar en el certamen?

ESTREPSÍADES.— A tu padre sí que le haces dar carreras... ¿Pero qué deuda contraje después de la de Pasias? Veamos: «tres minas a Aminias por el carro y las ruedas».

FIDÍPIDES.— (*Soñando*). Lleva el caballo a la cuadra y revuélcalo antes en la arena.

ESTREPSÍADES.— ¡Infeliz! tú sí que me das vuelco a mi fortuna; unos me tienen ya citado a los tribunales, otros me piden que les garantice el pago de los intereses.

FIDÍPIDES.— (*Despertando*). Pero, padre, ¿qué te angustia que no haces más que dar vueltas toda la noche?

ESTREPSÍADES.— Me muerde cierto Demarco de las camas.

FIDÍPIDES.— Por favor, querido, déjame dormir un poco.

ESTREPSÍADES.— Duerme en hora buena, pero sabe que todas estas deudas caerán sobre tu cabeza... ¡Oh!, así perezca miserablemente aquella casamentera que me impulsó a contraer matrimonio con tu madre. Porque yo tenía una vida dulcísima, sencilla, grosera, descuidada y abundante en panales, ovejas y aceite. Después, aunque era hombre del campo, me casé con la nieta de Megacles, hijo de Megacles, ciudadana soberbia, amiga de los placeres, con las mismas costumbres que Cesira. Después del matrimonio, cuando nos acostábamos, yo no olía más que a mosto, higos y lana de mis ovejas; ella por el contrario apestaba a pomadas y esencias, y solo deseaba besos amorosos, lujo, comilonas y los placeres de Afrodita. No diré que fuese holgazana, sino que tejía; y muchas veces, enseñándola esta capa, le decía con tal pretexto: «Esposa mía, aprietas demasiado los hilos».

UN ESCLAVO.— No tiene aceite la lámpara.

ESTREPSÍADES.— ¡Ay de mí! ¿Por qué has encendido una lámpara tan bebedora? Acércate para que te haga llorar.

EL ESCLAVO.— Y ¿por qué he de llorar?

ESTREPSÍADES.— Por haber puesto una mecha muy gorda... (*Hablando para sí mismo*). Después, cuando nos nació este hijo, disputamos mi buena mujer y yo acerca del nombre que habríamos de ponerle. Ella le posponía a todos los nombres el de *caballo*, queriendo que se llamase Jantipo, Caripo o Calípides. Yo le llamaba Fidónides, como su abuelo. Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio y le llamamos Fidípides. Su madre, tomándole en brazos, solía decirle entre caricias: «¡Cuándo te veré, hecho un hombre, venir a la ciudad, ricamente vestido y dirigiendo tu carro, como tu abuelo Megacles!...». Y yo le decía: «¡Cuándo te veré, vestido de pieles, traer las cabras del Feleo como tu padre...!». Pero nunca hizo caso de mis palabras y su afición a los caballos me ha perdido. Después de haber meditado toda la noche, he encontrado un maravilloso expediente que me salvará si consigo persuadir a mi hijo. Más, antes de

todo, quiero despertarle. ¿Cómo haré para despertarlo dulcemente? ¿Cómo? ¡Fidípides, querido Fidípides!

FIDÍPIDES.— ¿Qué, padre mío?

ESTREPSÍADES.— Bésame y dame tu mano derecha.

FIDÍPIDES.— Hela aquí. ¿Qué ocurre?

ESTREPSÍADES.— Di, ¿me amas?

FIDÍPIDES.— Sí, por Poseidón ecuestre.

ESTREPSÍADES.— Por favor, no me recuerdes nunca a ese domador de caballos; es la causa de todos mis males. Si me amas de todo corazón, hijo mío, compláceme.

FIDÍPIDES.— ¿Y en qué quieres que te complazca?

ESTREPSÍADES.— Cambia pronto de costumbres y ve a aprender donde yo te mande.

FIDÍPIDES.— Explícate ya, ¿qué quieres?

ESTREPSÍADES.— ¿Y me obedecerás?

FIDÍPIDES.— Te obedeceré, por Baco.

ESTREPSÍADES.— Mira a este lado. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

FIDÍPIDES.— Las veo. ¿Pero qué quiere decir esto?

ESTREPSÍADES.— Esa es la escuela de las almas sabias. Ahí habitan hombres que hacen creer con sus discursos que el cielo es un horno que nos rodea, y que nosotros somos los carbones. Ellos enseñan, si se les paga, de qué manera pueden ganarse las buenas y malas causas.

FIDÍPIDES.— ¿Y quiénes son esos hombres?

ESTREPSÍADES.— No sé bien como se llaman. Son personas buenas dedicadas a la meditación.

FIDÍPIDES.— ¡Ah, los conozco, miserables! ¿Hablas de aquellos charlatanes pálidos y descalzos, entre los cuales se encuentran el perdido Sócrates y Querefón?

ESTREPSÍADES.— ¡Eh!, calla, no digas necedades. Antes bien, si te conmueven las aflicciones de tu padre, sé uno de ellos y abandona la equitación.

FIDÍPIDES.— No lo haré, por Baco, aunque me dieses todos los faisanes que cría Leógoras.

ESTREPSÍADES.— ¡Oh!, por favor, queridísimo hijo, ve a la escuela.

FIDÍPIDES.— ¿Y qué aprenderé?

ESTREPSÍADES.— Dicen que enseñan dos clases de discursos: uno Justo, cualquiera que sea, y otro Injusto; con el segundo de estos afirman que pueden ganar hasta las causas más inicuas. Por tanto, si aprendes el discurso Injusto, no pagaré ni un óbolo de las deudas que tengo por tu causa.

FIDÍPIDES.— No puedo complacerte. Me sería imposible mirar a un jinete si tuviese el color de la cara tan perdido.

ESTREPSÍADES.— Por Demeter, no comerás ya a mis expensas ni tú, ni tu caballo de tiro, ni tu caballo de silla; sino que te echaré de casa enhoramala.

FIDÍPIDES.— Mi tío Megacles no me dejará sin caballos. Me voy, y no hago caso de tus amenazas.

ESTREPSÍADES.— Pues, aunque he caído, no he de permanecer en tierra, sino que invocando a los dioses iré a esa escuela y recibiré yo mismo las lecciones. Pero, ¿cómo, siendo viejo, olvidadizo y torpe, podré aprender discursos llenos de exquisitas sutilezas? Marchemos. ¿Por qué me detengo y no llamo a la puerta? ¡Esclavo! ¡Esclavo!

EL DISCÍPULO.— ¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?

ESTREPSÍADES.— Estrepsíades, hijo de Fidón, del Cantón de Cicinno.

EL DISCÍPULO.— ¡Por Zeus!, campesino habías de ser para golpear tan brutalmente la puerta y hacerme abortar un pensamiento que había concebido.

ESTREPSÍADES.— Perdóname porque habito lejos de aquí, en el campo; pero dime, ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

EL DISCÍPULO.— No me es permitido decirlo más que a los discípulos.

ESTREPSÍADES.— Dímelo sin temor, porque vengo a la escuela como discípulo.

EL DISCÍPULO.— Lo diré, pero ten en cuenta que esto debe de ser un misterio. Preguntaba hace poco Querefón a Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que había picado a Querefón en una ceja y se había lanzado luego a la cabeza de Sócrates.

ESTREPSÍADES.— Y, ¿cómo ha podido?...

EL DISCÍPULO.— Muy ingeniosamente. Derritió un poco de cera, cogió la pulga y sumergió en ella sus patitas. Cuando se enfrió la cera, quedó la pulga con una especie de borceguíes pérsicos. Se los descalzó Sócrates y midió con ellos la distancia recorrida por el salto.

ESTREPSÍADES.— ¡Supremo Zeus, qué inteligencia tan sutil!

EL DISCÍPULO.— ¿Pues qué dirás si te cuento otra invención de Sócrates?

ESTREPSÍADES.— ¿Cuál? Dímela, te lo ruego.

EL DISCÍPULO.— El mismo Querefón Esfeteniense le preguntó si creía que los mosquitos zumbaban con la trompa o con el trasero.

ESTREPSÍADES.— ¿Y qué dijo de los mosquitos?

EL DISCÍPULO. - Dijo que el intestino del mosquito es muy angosto y que, a causa de su estrechez, el aire pasa con gran violencia hasta el trasero, y como el orificio de este comunica con el intestino, el trasero produce el zumbido por la violencia del aire.

ESTREPSÍADES.— Por lo tanto, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh, tres veces bienaventurado el autor de tal descubrimiento! Fácilmente obtendrá la absolución de un reo quien conoce tan bien el intestino del mosquito.

EL DISCÍPULO.— Poco ha una salamandra le hizo perder un gran pensamiento.

ESTREPSÍADES.— Dime de qué manera.

EL DISCÍPULO.— Observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, miraba al cielo con la

boca abierta, y entonces una salamandra le arrojó su excremento desde el techo.

ESTREPSÍADES.— ¡Linda salamandra que hace sus necesidades en la boca de Sócrates!

EL DISCÍPULO.— Ayer por la tarde no teníamos cena.

ESTREPSÍADES.— ¡Hem! ¿Y qué inventó para encontrar comida?

EL DISCÍPULO.— Extendió polvo sobre la mesa, dobló una barrita de hierro y, recogiendo después el compás, escamoteó un vestido de la palestra.

ESTREPSÍADES.— ¿Por qué admiramos aún a Tales? Abre, abre prontamente la escuela, y preséntame a Sócrates cuanto antes. Me impaciento por ser su discípulo. ¡Vivo, abre la puerta! (*Se abre la puerta y se ve una serie de individuos pálidos y macilentos en extrañas posturas de meditación*). ¡Oh, por Heracles! ¿De qué país son estos animales?

EL DISCÍPULO.— ¿De qué te admiras? ¿Con quiénes les encuentras semejanza?

ESTREPSÍADES.— Con los Lacedemonios hechos prisioneros en Pilo. ¿Pero por qué miran esos a la tierra?

EL DISCÍPULO.— Investigan las cosas subterráneas.

ESTREPSÍADES.— Entonces buscan cebollas. (*Al discípulo*). No cuides más de eso, yo sé dónde las hay hermosas y grandes. ¿Y qué hacen esos otros con el cuerpo inclinado?

EL DISCÍPULO.— Investigan los abismos del Tártaro.

ESTREPSÍADES.— ¿Para qué mira al cielo su trasero?

EL DISCÍPULO.— Es que aprende astronomía por su parte. (*A unos que se han puesto junto a la puerta*). Pero entre; no sea que el maestro nos sorprenda.

ESTREPSÍADES.— No, todavía no, que estén aquí; tengo que comunicarles un asuntillo mío.

EL DISCÍPULO.— Es que no pueden permanecer

largo tiempo al aire y en el exterior. (*El discípulo y Estrepsíades se internan en la casa, en la que hay diversos raros cachivaches*).

ESTREPSÍADES.— ¡En nombre de los dioses! ¿Qué son estas cosas? Dígamelo.

EL DISCÍPULO.— Esa es la astronomía.

ESTREPSÍADES.— ¿Y esta?

EL DISCÍPULO.— La geometría.

ESTREPSÍADES.— ¿Para qué sirve la geometría?

EL DISCÍPULO.— Para medir la Tierra.

ESTREPSÍADES.— ¿La que se distribuye a la suerte?

EL DISCÍPULO.— No. Toda la Tierra.

ESTREPSÍADES.— ¡Gracioso dicho! He aquí una idea muy popular y útil.

EL DISCÍPULO.— He aquí todo el circuito de la Tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSÍADES.— ¿Qué dices? No te creo. No veo a los jueces en sesión.

EL DISCÍPULO.— Sin embargo, este es verdaderamente el territorio de Ática.

ESTREPSÍADES.— ¿Y dónde están los cicinenses, mis compatriotas?

EL DISCÍPULO.— Helos aquí; y mira, también la Eubea, que, como ves, es muy larga.

ESTREPSÍADES.— Lo sé. Pericles y ustedes la han sometido a mil torturas. Pero ¿dónde está Lacedemonia?

EL DISCÍPULO.— ¿Que dónde está? Hela aquí.

ESTREPSÍADES.— ¡Cuán cerca de nosotros! Medita sobre esto y aléjala todo lo que se pueda.

EL DISCÍPULO.— Por Zeus, eso no es imposible.

ESTREPSÍADES.— Pues ya le pesará. ¡Calla! ¿Y quién es ese hombre suspendido en el aire en un cesto?

EL DISCÍPULO.— Él.

ESTREPSÍADES.— ¿Quién es *él*?

EL DISCÍPULO.— Sócrates.

ESTREPSÍADES.— ¡Sócrates! Anda y llámale fuerte.

EL DISCÍPULO.— Llámale tú; que yo no tengo tiempo. (*Se va*).

ESTREPSÍADES.— ¡Sócrates! ¡Sócratín!

SÓCRATES.— ¿Por qué me llamas, criatura efímera?

ESTREPSÍADES.— Ante todo, te ruego que me digas que es lo que haces ahí.

SÓCRATES.— Camino por los aires y contemplo el Sol.

ESTREPSÍADES.— Por tanto, ¿miras a los dioses desde tu cesto y no desde la Tierra? Si no es que...

SÓCRATES.— Nunca podría investigar con acierto las cosas celestes si no suspendiese mi alma y mezclase mis pensamientos con el aire que se les parece. Si permaneciera en el suelo, para contemplar las regiones

superiores, no podría descubrir nada porque la Tierra atrae hacia sí los jugos del pensamiento, lo mismo exactamente que sucede con los berros.

ESTREPSIADES.— ¿Qué hablas? ¿El pensamiento atrae la humedad de los berros? Pero, querido Sócrates, baja, para que me enseñes las cosas que he venido a aprender.

SÓCRATES.— ¿Qué es lo que te ha hecho venir?

ESTREPSÍADES.— El deseo de aprender a hablar. Los usureros, los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.

SÓCRATES.— ¿Cómo te has llenado de deudas sin darte cuenta?

ESTREPSÍADES.— Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Pero enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

SÓCRATES.— ¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

ESTREPSÍADES.— ¿Pues, por quién juras? Acaso por las monedas de hierro, como en Bizancio.

SÓCRATES.— ¿Quieres conocer perfectamente las cosas divinas y saber sin engaño lo que son?

ESTREPSÍADES.— Sí, por Zeus, a ser posible.

SÓCRATES.— ¿Y hablar con las Nubes, nuestras divinidades?

ESTREPSÍADES.— Mucho más.

SÓCRATES.— Siéntate, pues, en el lecho sagrado.

ESTREPSÍADES.— Ya estoy sentado.

SÓCRATES.— Coge esta corona.

ESTREPSÍADES.— ¿Para qué la corona? ¡Ay de mí! Sócrates, no me sacrificarás como a Atamas.

SÓCRATES.— No, hacemos todas estas ceremonias con los iniciados.

ESTREPSÍADES.— ¿Y qué ganaré con esto?

SÓCRATES.— Llegarás a ser un molino de palabras, un verdadero cascabel, fino como la flor de la harina, pero no te muevas. (*Lo espolvorea con harina muy molida*).

ESTREPSÍADES.— No me engañas, por Zeus; si continúas empolvándome de ese modo me convertiré pronto en flor de harina.

SÓCRATES.— (*Solemne*). Es necesario guardar silencio, anciano, y escuchar atentamente mis súplicas. Soberano señor, Aire inmenso que rodeas la sublime Tierra, Éter luminoso, y ustedes, Nubes, diosas venerables que engendran los rayos y los truenos, levántense, soberanas mías, y muestren al filósofo en las alturas.

ESTREPSÍADES.— (*Ridículamente solemne*). No, todavía no, hasta que me cubra la cabeza con el manto doblado, no sea que me moje. ¡Pobre de mí! Haber salido de casa sin mi montera de piel de perro.

SÓCRATES.— (*Nuevamente solemne*). Vengan, pues, oh, Nubes venerables, y muéstrense ante él, ora ocupan la sagrada cumbre del nevado Olimpo, ora forman con las Ninfas la danza sagrada en los jardines del padre Océano, ora recogen en urnas de oro las aguas del Nilo, ora residen en la laguna Meotis, o sobre las nevadas rocas del Mimas; óiganme, acepten mi sacrificio y miren complacidas estas sagradas ceremonias. (*Desde la lejanía se van acercando las Nubes, el coro que da nombre a la pieza*).

CORO.— Del seno mugiente del Océano, nuestro padre, levantémonos, Nubes eternas, ligeras por nuestra naturaleza vaporosa, a las altas cumbres de los montes coronados de árboles seculares. Desde ellas veremos a lo lejos el horizonte montuoso, la Tierra sagrada, madre de los frutos, el curso de los ríos divinos y el mar que murmura profundamente. Puesto que el ojo infatigable del Éter brilla siempre con resplandeciente luz, disipemos la niebla oscura que nos rodea y mostrémonos a la tierra con todo el esplendor de nuestra belleza inmortal.

SÓCRATES.— Indudablemente, han escuchado mis votos. ¡Oh, Nubes venerables! (*A Estrepsíades*). ¿Has oído tú su voz acompañada de los mugidos del trueno?

ESTREPSÍADES.— Yo también las adoro, santas Nubes, y quiero responder a sus truenos; a ello me obligan el miedo y el temblor; así que, sea o no lícito, quiero desahogarme.

SÓCRATES.— No te burles, ni hagas lo que esos cómicos miserables. ¡Silencio! Una multitud de diosas se adelantan cantando.

CORO.— Doncellas portadoras de la lluvia, vamos a la espléndida tierra de Palas y al amable país de Cécrope, patria de tan grandes hombres, donde se celebra el culto de los sagrados misterios; se ven el santuario místico de las santas iniciaciones, las ofrendas a los habitantes del Olimpo, los elevados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios a las coronadas divinidades y los festines de todas las estaciones; y, cuando con la primavera vuelve la fiesta de Baco, los certámenes de los resonantes coros, y el grave sonido de las flautas.

ESTREPSÍADES.— ¡Por Zeus! Sócrates, dime, ¿quiénes son aquellas mujeres que han cantado con tanta majestad? ¿Son algunas heroínas?

SÓCRATES.— No; estas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos, que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprensión.

ESTREPSÍADES.— Entonces, por eso, al oírlas, mi alma ha remontado el vuelo y está deseando ya hablar sutilmente y decir finuras sobre el humo, rebatir una sentencia con una sentencilla sutil y oponerse a un argumento con el argumento contrario. Así que, si puede ser, quiero verlas ya a las claras.

SÓCRATES.— Pues mira por este lado, en dirección al monte Parnes, que ya las diviso descendiendo lentamente.

ESTREPSÍADES.— A ver. ¿Por dónde? Señálamelo.

SÓCRATES.— Por ahí (*señalando a un lado*) viene un gran número de ellas atravesando navas y bosques, por ahí, por ese lado.

ESTREPSÍADES.— (*Mirando en la dirección indicada*). ¿Qué, qué? Yo no las veo.

SÓCRATES.— Allí, junto a la entrada lateral.

ESTREPSÍADES.— Sí, ahora ya, por donde dices, empiezo a verlas. (*Entra el coro de nubes, representadas por mujeres*).

SÓCRATES.— Ahora ya no tienes más remedio que verlas, a no ser que tengas unas legañas tan grandes como calabazas.

ESTREPSÍADES.— Sí, por Zeus, las veo. ¡Oh, venerables! Es que ya ocupan todo el espacio.

SÓCRATES.— Así que tú no sabías que estas son diosas y no las tenías por tales.

ESTREPSÍADES.— Desde luego que no, por Zeus. Yo las tomaba por niebla, rocío y vapor.

SÓCRATES.— Por Zeus, es que no sabes que ellas apacientan a muchísimos «listillos», adivinos de Turios, profesores de medicina, gandules melenudos con sellos de ónice. Y a los moduladores de canciones de los coros ditirámbicos, embaucadores aéreos a esos seres ociosos

que nada hacen, los apacientan porque componen poesías para ellas.

ESTREPSÍADES.— Entonces por eso componen aquello de «ímpetu destructor de las húmedas nubes que culebrea resplandeciente», «mechones de Tifón», «el de las cien cabezas», «tempestades de violento fuelle» y también «aéreos seres húmedos, aves de curvas garras que se mecen en el aire» y «aguaceros de las nubes llenas de rocío» y, como recompensa por ello, engullen filetes de opíparos y sabrosos mújeles, y «pajariles» carnes de zorzal.

SÓCRATES.— Sí, por causa de ellas. Y con razón, ¿no?

ESTREPSÍADES.— A ver, dime, si de verdad son nubes, ¿qué les ha pasado, que parecen mujeres mortales? Porque aquellas de allí (*señala al cielo*) no son así.

SÓCRATES.— Bueno, pues, ¿cómo son?

ESTREPSÍADES.— No lo sé bien, pero se parecen a copos de lana esponjados y no a mujeres, ¡por Zeus!; eso, ni una pizca. En cambio, estas de aquí tienen nariz.

SÓCRATES.— A ver, contéstame a lo que voy a preguntarte.

ESTREPSÍADES.— Di lo que quieras, sin más.

SÓCRATES.— Alguna vez, al mirar para arriba, ¿has visto una nube parecida a un centauro, a un leopardo, a un lobo o a un toro?

ESTREPSÍADES.— Sí, por Zeus. Y eso, ¿qué?

SÓCRATES.— Se convierten en todo lo que quieren. Así que si ven a un melenudo, un bruto de esos muy velludos, como el hijo de Jenofanto, para burlarse de su pasión adopta la forma de centauros.

ESTREPSÍADES.— Y si ven a un ladrón del erario público, a Simón, ¿qué hacen?

SÓCRATES.— Para proclamar su condición se convierte de golpe y porrazo en lobos.

ESTREPSÍADES.— Claro, por eso ayer, cuando vieron a Cleónimo el arrojaescudos, al percibir que era un completo cobarde se convirtieron en ciervos.

SÓCRATES.— Y ahora, como han visto a Clístenes, ¿ves tú?, por eso se han convertido en mujeres.

ESTREPSÍADES.— (*Al coro*). ¡Bienvenidas, entonces, señoras! Y ahora, si alguna vez lo hicieron para otro, reinas todopoderosas, emitan también para mí su voz tan descomunal como el propio cielo.

CORO.— ¡Salud, anciano cargado de años, cazador de palabras artísticas!, y tú (*a* Sócrates), ¡sacerdote de las naderías más sutiles!, explícanos lo que quieres. Pues a ningún otro de los eruditos de hoy en día en temas celestes atenderíamos, excepto a Pródico, a él, por su sabiduría y su inteligencia, y a ti, porque caminas con paso arrogante por las calles, lanzas miradas de reojo, soportas descalzo muchas cosas desagradables y presumes a costa nuestra.

ESTREPSÍADES.— ¡Oh, Tierra, qué voz! ¡Qué sagrada, venerable y portentosa!

SÓCRATES.— Es que verdaderamente estas son las únicas diosas. Todo lo demás son pamplinas.

ESTREPSÍADES.— Pero Zeus, según ustedes, a ver, ¡por la Tierra! ¿Zeus Olímpico, no es un dios?

SÓCRATES.— ¿Qué Zeus? No digas tonterías. Zeus ni siquiera existe.

ESTREPSÍADES.— Pero ¿tú qué dices? Pues, ¿quién hace llover? Esto, acláramelo antes de nada.

SÓCRATES.— ¡Esas, claro! Y te lo demostraré con pruebas de gran peso. A ver, ¿dónde has visto tú que alguna vez llueva sin nubes? Sin embargo, lo que tendría que ser es que él hiciera llover con el cielo despejado y que estas estuvieran ausentes.

ESTREPSÍADES.— ¡Por Apolo!, con lo que acabas de decir le has dado un buen apoyo al asunto este. Y la cosa es que yo antes creía a pies juntillas que Zeus orinaba a través de una criba. Pero explícame, ¿quién es el que produce los truenos, esos que me hacen a mí temblar de miedo?

SÓCRATES.— Estas producen los truenos al ser empujadas por todas partes.

ESTREPSÍADES.— ¿Cómo es eso, tú que ante nada te detienes?

SÓCRATES.— Cuando se saturan de agua y por necesidad son forzadas a moverse, como están llenas de lluvia, necesariamente son impulsadas hacia abajo; entonces, chocan unas contra otras y, como pesan mucho, se rompen con gran estrépito.

ESTREPSÍADES.— Pero el que las obliga a moverse, ¿quién es? ¿No es Zeus?

SÓCRATES.— Ni mucho menos; es un torbellino etéreo.

ESTREPSÍADES.— ¿Torbellino? No me había dado cuenta de eso, de que Zeus no existe y de que en su lugar reina ahora Torbellino. Pero aún no me has explicado nada del estruendo y del trueno.

SÓCRATES.— ¿No me has oído? Las nubes, al estar llenas de agua, te digo que chocan unas con otras y hacen ruido porque son muy densas.

ESTREPSÍADES.— Vamos a ver: eso, ¿quién se lo va a creer?

SÓCRATES.— Te lo voy a explicar poniéndote a ti como ejemplo. En las Panateneas, cuando ya estás harto de sopa de carne, ¿no se te revuelven las tripas y de pronto se produce un movimiento en ellas que empieza a producir borborigmos?

ESTREPSÍADES.— Sí, por Apolo, y al momento provoca un jaleo horrible y un alboroto; y la dichosa sopa produce un ruido y un estruendo tremendo, como un trueno; primero flojito, ¡*papax*, *papax*!, después más fuerte ¡*papapapax*!, y cuando cago, talmente un trueno, ¡*papapapax*!, como hacen ellas.

SÓCRATES.— Pues fíjate que pedos tan grandes han salido de ese vientre tan pequeño. Y el aire este, que es infinito, ¿cómo no va a ser natural que produzca truenos tan grandes?

ESTREPSÍADES.— Por eso incluso los nombres de las dos cosas, «trueno» y «pedo», son parecidos. Otra cosa, el rayo con su fuego brillante, ¿de dónde viene? —explícamelo—; el rayo que, cuando nos atiza, a unos los achicharra, y a otros los chamusca dejándolos vivos. Pues está claro que Zeus lo lanza sobre los perjuros.

SÓCRATES.— Tú, ¡imbécil, chapado a la antigua, que hueles a tiempos de Crono! ¿Cómo es que, si fulmina a los perjuros, no abrasó a Simón, a Cleónimo ni a Teoro? Y desde luego que son perjuros. Sin embargo, fulmina su propio templo, y Sunio, promontorio de Atenas, y las grandes encinas, y eso, ¿por qué? Pues claro está que la encina, no es perjura.

ESTREPSÍADES.— No sé. Pero lo que dices tiene visos de verdad. Bueno, pues ¿qué es exactamente el rayo?

SÓCRATES.— Cuando un viento seco al elevarse queda encerrado en las nubes, las infla desde dentro como a una vejiga, después necesariamente las rompe y sale disparado violentamente por causa de la densidad, y por el roce y el ímpetu del movimiento, se incendia a sí mismo.

ESTREPSÍADES.— Por Zeus, a mí una vez me pasó exactamente lo mismo en las Diasias. Yo estaba asando un estómago para mis parientes, pero, por descuido, no lo rajé. Entonces se fue hinchando, y después, de golpe, explotó, llenándome de desechos los ojos y quemándome la cara.

CORO.— ¡Oh, tú que deseas aprender los arcanos de la ciencia, cuán dichoso serás entre los atenienses y los demás griegos si tienes memoria y aplicación y un alma constante para el sufrimiento; si no te cansas ni de permanecer quieto, ni de caminar; si no te hace mella el frío, ni deseas comer; si te abstienes del vino, de los ejercicios gimnásticos y de otras necedades, y piensas que es lo mejor y lo más propio de un hombre digno el sobresalir en las obras, en los consejos y en los combates de la palabra!

ESTREPSÍADES.— Si te hace falta un alma dura e insensible a los desveladores cuidados, y un estómago frugal acostumbrado a las privaciones y capaz de alimentarse con ajedrea, puedes contar conmigo; mi cuerpo es tan duro como un yunque.

SÓCRATES.— Promete también no reconocer ya más dioses que los que nosotros veneramos en concepto de tales, a saber: el Caos, las Nubes y la Lengua; he aquí las tres divinidades.

ESTREPSÍADES.— Nunca hablaré de otras, aunque me tropezase con ellas, ni las honraré con sacrificios, libaciones ni incienso.

CORO.— Pide ahora confiadamente lo que deseas de nosotros y lo obtendrás, si nos honras, nos admiras y procuras ser hombre hábil.

ESTREPSÍADES.— ¡Oh, dioses! Lo que les pido es lo menos que puede pedirse; hagan tan solo que sea el más elocuente de los griegos.

CORO.— Concedido, ningún hombre de estos tiempos te superará en hacer bellos discursos.

ESTREPSÍADES.— No, eso no es lo que deseo, porque a mí jamás se me ocurre pronunciar grandes sentencias. Tan solo quiero resolver en mi favor los pleitos y escapar de las manos de los acreedores.

CORO.— Se cumplirá lo que deseas, pues no apeteces cosas imposibles. Ponte confiadamente en manos de uno de nuestros sacerdotes.

ESTREPSÍADES.— Haré lo que me mandas, pues la necesidad aprieta por causa de los caballos y el matrimonio, que me han perdido. Hagan estos de mí ahora todo cuanto les plazca; yo les entrego mi cuerpo para que lo destrocen a fuerza de golpes, hambre,

sed, calor y frío, y si quieren conviertan mi piel en una bota, con tal que no pague mis deudas y pase por hombre atrevido, charlatán, temerario, sinvergüenza, costal de mentiras, inventor de frases, trillado en los pleitos, litigante perpetuo, molino de palabras, zorro astuto, penetrante barreno, correa flexible, disimulado, escurridizo, fanfarrón, insensible como el nudo de las maderas, impuro, veleta y parásito impudente. Si todos los que me encuentran llegan a saludarme con todos estos calificativos, hagan mis maestros cuanto les agrade de mi persona; y si les gusta, por Demeter, embutan mis intestinos y sírvanselos a los filósofos.

CORO.— Este hombre tiene una voluntad pronta y valiente. Ten entendido que la ciencia que te vamos a enseñar te hará conseguir tal gloria entre los mortales y te levantará hasta el cielo.

ESTREPSÍADES.— Y ¿qué me sucederá?

CORO.— Que mientras vivas, gozarás con nosotras una existencia extremadamente feliz.

ESTREPSÍADES.— ¿Acaso llegaré a ver eso?

CORO.— Habrá constantemente muchos sentados a tu puerta, deseando consultarte, hablar contigo y deliberar sobre infinitos pleitos y negocios en que se cruzarán sumas inmensas. (*A Sócrates*). Pero enseña al viejo algunas de tus lecciones, sondea su espíritu y explora los alcances de su ingenio.

SÓCRATES.— Ea, dime qué clase de carácter tienes para que una vez conocido pueda dirigir contra él nuevas máquinas.

ESTREPSÍADES.— ¡Cómo! ¿Acaso piensas asaltarme como si fuera una muralla?

SÓCRATES.— No, solamente quiero hacerte algunas breves preguntas. En primer lugar, ¿tienes memoria?

ESTREPSÍADES.— Sí, por cierto, y de dos clases. Si me deben, tengo una memoria excelente; pero si debo, ¡pobre de mí! Soy muy olvidadizo.

SÓCRATES.— ¿Tienes alguna disposición natural para la elocuencia?

ESTREPSÍADES.— Para la elocuencia no, pero sí para el fraude.

SÓCRATES.— Entonces ¿cómo podrás aprender?

ESTREPSÍADES.— Perfectamente, no te inquietes por eso.

SÓCRATES.— Ea, manos a la obra; en cuanto yo te proponga alguna cuestión sobre las cosas celestes, te apoderas de ella inmediatamente.

ESTREPSÍADES.— ¡Qué! ¿Es preciso atrapar la sabiduría como un perro arrebata una tajada?

SÓCRATES.— (*Para sí mismo*). ¡Vaya un hombre ignorante y bárbaro! (*A Estrepsíades*). Me parece, anciano, que vas a necesitar algún correctivo. Vamos a ver, ¿qué haces cuando alguno te apalea?

ESTREPSÍADES.— Me dejo apalear; después tomo testigos; en seguida ejercito mi acción ante el tribunal.

SÓCRATES.— Vamos, quítate el vestido.

ESTREPSÍADES.— ¿Te he ofendido en algo?

SÓCRATES.— No; pero la costumbre es entrar desnudo.

ESTREPSÍADES.— Yo no vengo aquí a buscar ninguna cosa robada.

SÓCRATES.— Abajo el vestido. ¿A qué decir tantas sandeces?

ESTREPSÍADES.— Dime solo una cosa. Si soy muy aplicado y estudio con grande afán, ¿a cuál de tus discípulos me pareceré?

SÓCRATES.— Serás enteramente semejante a Querefonte.

ESTREPSÍADES.— ¡Ay, desgraciado de mí! Entonces seré un cadáver ambulante.

SÓCRATES.— Deja de decir sandeces. Apresúrate y sígueme hacia ese lado.

ESTREPSÍADES.— Dame antes una torta de miel,

porque al entrar ahí, siento tanto miedo como si bajase a la cueva de Trofonio.

SÓCRATES.— Anda, ¿por qué te detienes en la puerta? (*Entran*).

CORO.— Marcha regocijado, sin que disminuya tu valor por eso. Ojalá tenga feliz éxito la empresa de este hombre, que en edad provecta ilustra su inteligencia con ideas nuevas y cultiva la sabiduría.

CORIFEO.— Espectadores, les diré francamente la verdad; lo juro por Baco, de quien soy discípulo. Así salga yo vencedor y sea tenido por sabio; como es cierto que creyéndolos personas de buen gusto sometí por primera vez a su aprobación esta comedia, la mejor de las mías, trabajada con exquisito esmero. Y, sin embargo, a pesar de no merecer tal desgracia, fui vencido por rivales ineptos. Por esto me quejo de ustedes, ilustrados jueces, a quienes dediqué mis trabajos. Pero no por tal motivo he de recusar la opinión de los doctos, ante quienes es tan agradable comparecer, y que oyeron con tanta complacencia a mi Prudente y mi Deshonesto, cuando yo, virgen aún porque no me era lícito parir, expuse el fruto de mi ingenio, que recogido por otra madre

fue educado liberalmente por ustedes; desde lo cual creía tener asegurada su benevolencia. Ahora, pues, se presenta mi Comedia como una nueva Electra buscando con la vista a aquellos sabios espectadores; y de seguro que reconocerá, en cuanto lo vea, el rizo de su hermano. Reparen la decencia de sus costumbres. Es la primera que aparece en la escena sin venir armada de un instrumento de cuero, rojo por la punta, grueso y a propósito para hacer reír a los niños; que no se burla de los calvos ni baila el córdax; que no introduce un viejo golpeando con su bastón a todos los que encuentra para disimular la grosería de sus chistes, ni asalta la escena agitando una antorcha y gritando ¡huy!, ¡huy!; confía más que en sí misma y sus versos. Y yo, que soy su autor, ciertamente no me enorgullezco por tal cosa, ni procuro engañarlos presentándola dos y tres veces. Sino que siempre invento comedias nuevas, que no se parecen entre sí y son todas bellas e ingeniosas. Cuando Cleón estaba en todo su poder yo le he atacado frente a frente, pero en cuanto cayó cesé de insultarle. Los demás poetas, desde que Hipérbole dio el ejemplo, atacan sin cesar al desgraciado sin perdonar ni a su madre. El primero de todos fue Éupolis, el cual presentó en escena su *Maricas* que no era otra cosa que un mal arreglo de mis *Caballeros*; solo añadió una vieja

embriagada que bailase el córdax. Personaje inventado mucho tiempo hace por Frínico, que la exponía a la voracidad de un monstruo marino. Después, Hermipo presentó a Hipérbolo y todos los demás cayeron sobre él imitando mi comparación de las anguilas. ¡Ojalá los que ríen en sus comedias no se diviertan con las mías! En cuanto a ustedes, que se deleitan con mi persona e invenciones, serán considerados en el porvenir como personas de buen gusto.

SEMICORO.— Invoco, primeramente, en favor de este coro, al gran Zeus, rey del cielo y señor de los dioses; después, al prepotente numen, cuyo tridente irresistible conmueve la tierra y los salados mares; y a ti, nuestro ilustre padre, venerable Éter, alma de todas las cosas; y a ti, oh, Sol, domador de corceles, que vivificas la tierra con tus brillantes rayos y eres divinidad poderosa entre los inmortales y los hombres.

CORIFEO.— Sabios espectadores, presten atención. Nos quejamos de la injusticia con que nos tratan; puesto que hacemos por la ciudad más que cualquier dios, y entre todos ellos solo nos dejan sin sacrificios y libaciones a nosotras que velamos por ustedes. Si se

decreta alguna expedición insensata, inmediatamente tronamos o llovemos. Cuando eligieron general al zurrador Paflagonio, enemigo de los dioses, fruncimos las cejas y dimos muestras de grande indignación; brilló el rayo acompañado de los estallidos del trueno; la luna abandonó su acostumbrado camino; y el sol, retirando su antorcha, negó sus resplandores a la tierra si Cleón era general. Sin embargo, lo eligieron, y desde entonces dicen que todas sus determinaciones son desacertadas, pero que los dioses convierten en buenas las faltas que cometen. Les enseñaremos fácilmente la manera de aprovechar de esto: apodérense de Cleón, de esa gaviota voraz, y, después de condenarle por ladrón y sobornador, encabréstenlo y ahórquenlo contra una viga: de esta manera repararán su falta y conseguirán que produzca resultados en favor de la república.

SEMICORO.— Acude tú también, Febo soberano, dios de Delos, habitante de las elevadas y rocallosas cumbres del Cintio; y tú, Artemis inmortal, que tienes en Éfeso templo de oro donde te sirven magníficamente las hijas de los Lidios; y tú, Atenea, diosa de nuestra patria señora de la égida, patrona de esta ciudad; y tú alegre

Baco, que vagas por la cima del Parnaso, al resplandor de las teas, entre las bacantes de Delfos.

CORO.— Cuando íbamos a marchar, la luna se ha acercado a nosotros y nos ha encargado en primer lugar que saludemos a los atenienses y a sus aliados. Después, se ha mostrado enojada por la manera atroz con que la han tratado cuando ella les presta mil servicios no de palabra sino de obra. Primeramente, les hace ahorrar un dracma al mes en antorchas; puesto que todos los que salen al oscurecer dicen a su criado: «No compres antorchas porque la luz de la luna es muy hermosa». También dice que les hace otros muchos beneficios. Ustedes, en cambio, alteran de un modo lamentable el orden de los días. Así es que en todos ellos tiene que sufrir las quejas de los dioses cuando vuelven a sus palacios frustradas sus esperanzas de una cena, que debía ofrecérseles según el primitivo orden de los días. Cuando es ocasión de hacer sacrificios, se hallan ocupados en los tribunales. Cuando una ayuna llorando la muerte de Memnón o Sarpedón, otros ríen y beben. Por eso, nosotras hemos arrebatado su corona a Hipérbole cuando designado por la suerte acudía este año a la asamblea de los Anfictiones. Así

aprenderá a arreglar los días conforme a las revoluciones de la luna.

SÓCRATES.— (*Saliendo de su casa*). Juro por la respiración, por el caos y por el aire, no haber visto nunca un hombre tan grosero, tan estúpido y tan olvidadizo. Las sutilezas más sencillas las olvida antes de haberlas aprendido. Sin embargo, le llamaré a la puerta, que venga aquí a la luz. ¡Hola, Estrepsíades! Sal aquí y tráete la cama.

ESTREPSÍADES.— No me dejan llevarla las chinches.

SÓCRATES.— Colócala pronto y préstame atención.

ESTREPSÍADES.— Ya está.

SÓCRATES.— ¡Ah!, dime, ¿cuál de las cosas que ignoras quieres aprender primero: los versos, la medida o el ritmo?

ESTREPSÍADES.— La medida. Precisamente un comerciante de harina me defraudó el otro día dos kénices.

SÓCRATES.— No te pregunto eso; sino qué medida te parece más hermosa, la de tres o la de cuatro.

ESTREPSÍADES.— Ninguna hay mejor que el semisextario.

SÓCRATES.— ¡Pobre hombre! Solo dices necedades.

ESTREPSÍADES.— ¿Qué apuestas a que el semisextario es la medida de cuatro?

SÓCRATES.— ¡Ve enhoramala! ¡Cuidado que eres díscolo y grosero! Vamos a ver si aprendes con más facilidad algo del ritmo.

ESTREPSÍADES.— ¿De qué me servirá el ritmo para vivir?

SÓCRATES.— Serás amable y chistoso cuando conozcas el ritmo enoplio y el del dáctilo.

ESTREPSÍADES.— ¿El del dáctilo? Por Zeus, ya le conozco.

SÓCRATES.— Pues dilo, que otro dáctilo hay sino el de la poesía épica.

ESTREPSÍADES.— (*Hace el gesto de la higa*). Este. Cuando era joven me servía de este otro.

SÓCRATES.— Eres tonto y grosero.

ESTREPSÍADES.— Pero, desdichado, ¡si yo no quiero aprender ninguna de esas cosas!

SÓCRATES.— ¿Pues cuáles quieres?

ESTREPSÍADES.— Aquello, lo que te dije, el Razonamiento Injusto.

SÓCRATES.— Pero antes es necesario aprender otras cosas. En primer lugar, tienes que saber cuáles son los animales machos.

ESTREPSÍADES.— ¿Pues, no lo sé o acaso estoy loco? El carnero, el cabrón, el toro, el perro, el faisán...

SÓCRATES.— ¿Ves lo que haces? Llamas faisán a la hembra lo mismo que al macho.

ESTREPSÍADES.— ¿Cómo es eso?

SÓCRATES.— ¿Cómo? Faisán y faisán.

ESTREPSÍADES.— Verdad es lo que dices, por Poseidón. ¿Pero de qué modo llamaré a la hembra?

SÓCRATES.— Faisana; y al otro, faisán.

ESTREPSÍADES.— Faisana. Tienes razón, por el Aire. Solo por eso he de llenar de trigo tu mortero hasta el borde.

SÓCRATES.— Nueva falta. Dices mortero en masculino y es femenino.

ESTREPSÍADES.— ¿Cómo es eso? ¿Pongo yo al mortero en masculino?

SÓCRATES.— Lo mismo que diciendo Cleón.

ESTREPSÍADES.— ¿Por qué razón? Explícate.

SÓCRATES.— Dices mortero lo mismo que Cleón.

ESTREPSÍADES.— Pero, querido, si Cleón no tenía mortero y amasaba la harina en una artesa redonda. Acabemos. ¿Cómo he de decir desde ahora?

SÓCRATES.— ¿Cómo? Diciendo Mortera como dices Sóstrata.

ESTREPSÍADES.— ¿La mortera? ¿En femenino?

SÓCRATES.— Así hablarás correctamente.

ESTREPSÍADES.— De modo que debe decirse mortera, Cleónima...

SÓCRATES.— También debes aprender a distinguir en los nombres de las personas cuales son masculinos y cuales femeninos.

ESTREPSIADES.— Conozco perfectamente los que son femeninos.

SÓCRATES.— Di algunos.

ESTREPSÍADES.— Lisila, Filina, Clitágora, Demetria.

SÓCRATES.—¿Y qué nombres son masculinos?

ESTREPSÍADES.— Muchísimos: Filóxeno, Melexias, Aminias.

SÓCRATES.— Pero, tonto, esos no son masculinos.

ESTREPSÍADES.— ¿No son masculinos para ustedes?

SÓCRATES.— De ninguna manera. ¿Cómo dirás para llamar a Aminias?

ESTREPSÍADES.— ¿Cómo diré? Así: ¡Aminia! ¡Aminia!

SÓCRATES.— ¿Lo ves? Ya llamas a Aminias como si fuera una mujer.

ESTREPSÍADES.— ¿Y no es justo llamar así al que no va al ejército? ¿Pero para qué aprendo lo que todos sabemos?

SÓCRATES.— Para nada, en verdad. Pero acuéstate ahí... (*Le señala el catre*).

ESTREPSÍADES.— ¿Qué hago?

SÓCRATES.— Pensar un poco en tus asuntos.

ESTREPSÍADES.— Por favor, no me mandes tenderme en esa cama. Si es de todo punto preciso el acostarse, déjame meditar sobre el duro suelo.

SÓCRATES.— Eso es imposible.

ESTREPSÍADES.— ¡Infeliz de mí, cuánto me van a atormentar hoy las chinches!

CORO.— Medita y reflexiona; reconcentra tu espíritu y hazle discurrir en todos sentidos. Cuando tropieces con alguna dificultad, pasa inmediatamente a otro asunto, y así el dulce sueño huirá de tus párpados.

ESTREPSÍADES.— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

CORIFEO.— ¿Qué te pasa? ¿Qué te aflige?

ESTREPSÍADES.— Perezco miserablemente; las chinches, que brotan de esta cama, me muerden, me desgarran los costados, me chupan la sangre, me ulceran todo el cuerpo y me matan.

CORIFEO.— No te quejes tan fuerte.

ESTREPSÍADES.— Cómo no he de gritar si he perdido mis bienes, mi sangre, mi alma y mis zapatos, y para colmo de males voy a perder aquí lo poco que me queda.

SÓCRATES.— ¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿No meditas?

ESTREPSÍADES.— Sí, por Poseidón.

SÓCRATES.— ¿Y en qué piensas?

ESTREPSÍADES.— Pienso en si dejarán algo de mí las chinches.

SÓCRATES.— Te perderás sin remedio.

ESTREPSÍADES.— ¡Pero, buen hombre, si ya estoy perdido!

SÓCRATES.— No desfallezcas y envuélvete bien. Es preciso discurrir algún fraude, algún paliativo. (*Sócrates se retira un momento*).

ESTREPSÍADES.— ¡Ay! ¿Quién me arrojará como paliativo una piel de carnero?

SÓCRATES.— Ea, veré primeramente lo que hace este. ¡Hola! ¿duermes?

ESTREPSÍADES.— No, por Apolo.

SÓCRATES.— ¿Tienes algo?

ESTREPSÍADES.— Nada tengo.

SÓCRATES.— ¿Nada absolutamente?

ESTREPSÍADES.— Nada más que esto.

SÓCRATES.— Cúbrete y discurre algo.

ESTREPSÍADES.— ¿Sobre qué? Contesta, Sócrates.

SÓCRATES.— Di tú lo que quieres hallar, primeramente.

ESTREPSÍADES.— ¿No lo has oído mil veces? Quisiera hallar el medio de no pagar los intereses a ningún usurero.

SÓCRATES.— Pues manos a la obra, cúbrete, fija tu inteligencia en un pensamiento sutil y estudia

minuciosamente el asunto, distinguiendo bien sus diferentes partes y reflexionando sobre ellas.

ESTREPSÍADES.— ¡Ay de mí!

SÓCRATES.— Tranquilízate; si tropiezas con alguna dificultad, sepárate de ella; y enseguida vuelve al mismo pensamiento y reflexiona sobre él.

ESTREPSÍADES.— ¡Ay, queridísimo Sócrates!

SÓCRATES.— ¿Qué pasa, anciano?

ESTREPSÍADES.— Ya he dado con un medio de no pagar los intereses.

SÓCRATES.— Manifiéstalo.

ESTREPSÍADES.— Di: ¿Si yo comprase una hechicera de la Tesalia, que hiciera bajar de noche a la luna y la guardase después encerrada en una caja redonda, como si fuera un espejo...?

SÓCRATES.— ¿Para qué puede servirte...?

ESTREPSÍADES.— ¿Para qué? Si la luna no volviese a salir, yo no tendría que pagar más intereses.

SÓCRATES.— ¿Cómo?

ESTREPSÍADES.— Porque los intereses se pagan cada mes.

SÓCRATES.— Perfectamente. Pero yo voy a proponerte otra astucia. Dime, Si se dicta contra ti una sentencia que te condena al pago de cinco talentos, ¿cómo te arreglarás para que desaparezca?

ESTREPSÍADES.— ¿Cómo? ¿Cómo? No sé; pero es preciso hallar un medio.

SÓCRATES.— No concentres siempre el pensamiento dentro de ti mismo; dale suelta y déjalo volar como un escarabajo a quien se ata un hilo al pie para que no se escape.

ESTREPSÍADES.— He hallado un medio ingeniosísimo para anular la sentencia; tú vas a ser de mi opinión.

SÓCRATES.— ¿Cuál?

ESTREPSÍADES.— ¿Has visto alguna vez en la tienda de los droguistas una piedra hermosa y diáfana, que sirve para encender fuego?

SÓCRATES.— ¿Hablas del cristal?

ESTREPSÍADES.— Del mismo.

SÓCRATES.— Y bien, ¿qué harías?

ESTREPSÍADES.— Cogería el cristal y, cuando el escribano escribiera la sentencia, yo, permaneciendo bastante separado, derretiría al sol el documento que me condenaba.

SÓCRATES.— Ingeniosísimo, por las Gracias.

ESTREPSÍADES.— ¡Qué placer, borrar una sentencia, que me condena al pago de cinco talentos!

SÓCRATES.— Vamos a ver si encuentras pronto esto.

ESTREPSÍADES.— ¿Qué?

SÓCRATES.— El modo de contradecir la petición del demandante en un juicio, cuando ya vas a ser condenado, por falta de testigos.

ESTREPSÍADES.— Eso es sumamente fácil.

SÓCRATES.— Veamos.

ESTREPSÍADES.— Cuando no quedase por sentenciar más que un pleito antes del mío, correría a ahorcarme.

SÓCRATES.— Eso nada vale.

ESTREPSÍADES.— ¿Pues no ha de valer? Por los dioses, ¿quién me pondría pleito después de mi muerte?

SÓCRATES.— Desvarías. Vete de aquí; no quiero enseñarte más.

ESTREPSÍADES.— Por los dioses, querido Sócrates, dime la causa.

SÓCRATES.— Porque olvidas al instante todo cuanto se te enseña. Y si no, dime, ¿qué era lo que has aprendido primeramente?

ESTREPSÍADES.— Veamos, ¿qué era lo primero?... ¿Qué era aquello en que guardábamos el trigo?... ¡Ay de mí! ¿Qué era?

SÓCRATES.— Veamos, ¿qué era lo primero?... ¿Qué era aquello viejo torpe que te olvidas de todo?

ESTREPSÍADES.— ¡Ah, desdichado! ¿Qué será de mí? Soy perdido, por no haber aprendido a manejar bien la lengua. Ustedes, ¡oh!, Nubes, denme algún buen consejo.

CORIFEO.— Nosotras, anciano, te aconsejamos que si tienes educando a algún hijo lo envíes para que estudie por ti.

ESTREPSÍADES.— Tengo un hijo bueno y hermoso; pero no quiere estudiar. ¿Qué haré?

CORIFEO.— ¿Y tú toleras eso?

ESTREPSÍADES.— Es vigoroso y de buena constitución, y desciende por parte de madre de la noble familia de Cesira. Me dirigiré a él y, si se niega, no como pan hasta que no lo eche de casa. (*A Sócrates*). Entra tú

adentro y espérame un poco. (*Vuelve a su casa*).

CORO.— ¿Reconoces que nosotras te proporcionamos más bienes que todos los demás dioses? Porque ese está dispuesto a hacer todo cuanto le mandes. El pobre hombre queda atónito y deslumbrado por tu ingenio; procura sacar de él todo cuanto puedas, y que sea pronto, porque no suelen durar mucho tan buenas disposiciones.

ESTREPSÍADES.— No, no permanecerás más en esta casa, lo juro por la Niebla: lárgate y cómete las colmenas de tu tío Megacles.

FIDÍPIDES.— ¡Desgraciado! ¿Qué te pasa, padre mío? Por Zeus olímpico, tú has perdido el seso...

ESTREPSÍADES.— ¡Mira, mira, «Zeus olímpico»! ¡Qué estupidez! ¿A tu edad crees en Zeus olímpico?

FIDIPIDES.— ¿De qué te ríes?

ESTREPSÍADES.— De verte tan chiquillo dando crédito a todas esas vejeces. Acércate y sabrás muchas cosas; y aún te diré alguna que en cuanto la sepas te

sentirás convertido en hombre, pero no se la digas a nadie.

FIDÍPIDES.— Heme aquí. ¿Qué es ello?

ESTREPSÍADES.— Acabas de jurar por Zeus.

FIDÍPIDES.— Es cierto.

ESTREPSÍADES.— ¡Mira qué bueno es estudiar! No existe Zeus, querido Fidípides.

FIDÍPIDES.— ¿Pues quién?

ESTREPSÍADES.— Reina el Torbellino que ha expulsado a Zeus.

FIDÍPIDES.— ¿Qué estás disparatando?

ESTREPSÍADES.— Sabe que es como te digo.

FIDÍPIDES.— ¿Quién dice eso?

ESTREPSÍADES.— Sócrates el Méliense, y Querefón, que conoce las huellas de una pulga.

FIDIPIDES.— ¿Tan adelante has ido en tu locura que das crédito a esos atrabiliarios?

ESTREPSÍADES.— Contén la lengua y no murmures de esos hombres hábiles e inteligentes que, por economía, ni se rasuran, ni se perfuman, ni van nunca al baño para lavarse mientras que tú disipas mis bienes, como si ya hubiese muerto. Pero ve cuanto antes y aprende por mí.

FIDIPIDES.— ¿Qué cosa buena puede aprenderse de ellos?

ESTREPSÍADES.— Toda la sabiduría humana. Tú mismo has de conocer lo ignorante y estúpido que eres. Pero espérame aquí un momento.

FIDÍPIDES.— ¡Ah! ¿Qué haré? Mi padre está loco. ¿Le argüiré de demencia en los tribunales o noticiaré su enfermedad a los confeccionadores de ataúdes?

ESTREPSÍADES.— (*Vuelve con una pareja de pájaros*). Vamos a ver: ¿cómo llamas a este pájaro?

FIDÍPIDES.— Faisán.

ESTREPSÍADES.— Bien, ¿y a esta hembra?

FIDÍPIDES.— Faisán.

ESTREPSÍADES.— ¿Los dos lo mismo? Eso es ridículo. En adelante no hables. Llama a esta faisana y a aquel faisán.

FIDÍPIDES.— ¿Faisana dices? ¿Esas son las grandes cosas que has aprendido de los hijos de la Tierra?

ESTREPSÍADES.— Y otras muchas; pero a causa de mis años cuando aprendía algo se me olvidaba enseguida.

FIDÍPIDES.— ¿Por eso has perdido tu vestido?

ESTREPSÍADES.— No lo he perdido; lo he dejado en la escuela.

FIDÍPIDES.— ¿Y qué has hecho de tus zapatos, pobre tonto?

ESTREPSÍADES.— Los he perdido, como Pericles, en lo que era necesario. Ea, anda, marchemos, si obedeces a tu padre, podrás delinquir sin cuidado alguno. No habías

cumplido seis años, y aún balbuceabas, cuando yo te compré en las fiestas de Zeus un carrillo con el primer óbolo que gané administrando justicia en el Heliastico.

FIDÍPIDES.— Algún día te pesará lo que haces.

ESTREPSÍADES.— Bien, ya me obedeces. (*Se acercan a la casa de Sócrates*). ¡He! Sócrates, sal aquí pronto; te traigo a mi hijo, a quien he convencido a duras penas.

SÓCRATES.— Este es un mozo inexperto y no acostumbrado a nuestros cestos colgantes.

FIDIPIDES.— Más acostumbrado estarías tú si te colgases.

ESTREPSÍADES.— ¿No te irás al infierno? Estás insultando a tu profesor.

SÓCRATES.— ¡Si te colgases, ha dicho! ¡Qué horrible pronunciación! ¡Qué abrir la boca! ¿Cómo podrá aprender este la manera de ganar un pleito, de entablar una demanda y de destruir los argumentos del contrario? Hipérbolo aprendió todo esto por un talento.

ESTREPSÍADES.— No te apures y enséñale, porque tiene disposición natural. Cuando era pequeñito, ya construía casas, esculpía naves, fabricaba carritos de cuero y hacía ranas de cáscara de granada. Enséñale los dos razonamientos, el bueno, cualquiera que sea, y el malo, que triunfa del bueno por medio de la injusticia; o, por lo menos, enséñale el Razonamiento Injusto.

SÓCRATES.— Lo aprenderá de los mismos Razonamientos. Yo me retiro. Acuérdate de ponerle en estado de refutar todos los argumentos justos. (*Sócrates se retira y salen los dos Razonamientos, discutiendo acaloradamente*).

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Sal aquí y muéstrate a los espectadores, tú que eres tan descarado.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Sea como gustes; al fin te derrotaré con más facilidad hablando ante la multitud.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¿Tú derrotarme? ¿Quién eres?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Un razonamiento.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Sí, pero débil.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Pues te venceré, aunque te crees más fuerte.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¿De qué modo?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Inventando pruebas nuevas.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Eso está hoy de moda gracias a esos necios.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Di más bien a esos sabios.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Yo te derrotaré vergonzosamente.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¿Cómo?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Diciendo lo que sea justo.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Yo lo echaré todo por tierra contradiciéndote. En primer lugar, niego que haya justicia.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¿Dices que ni hay...?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Claro; y si no, ¿dónde está?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Entre los dioses.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Si la justicia existe, ¿cómo es que Zeus no pereció cuando encadenó a su padre?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¡Cómo! ¿Hasta ese extremo llega el mal? ¡Qué asco! tráiganme una palangana.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Eres un viejo chocho y tonto.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Y tú un bardaje sinvergüenza...

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Como si me cubrieras de rosas.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¡Payaso...!

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Me coronas de lirios.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Y parricida.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Me estás cubriendo de oro sin darte cuenta.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— En otro tiempo esto te parecía plomo.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Pues ahora me sirve de adorno.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¡Qué desvergonzado!

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¡Qué estúpido!

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Por tu culpa ningún joven frecuenta las escuelas; ya conocerán algún día los atenienses lo que enseñas a esos necios.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Tu suciedad me repugna.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Ahora eres rico, pero no ha mucho pedías limosna y te comparabas a Télefo de Misia, teniendo por única comida las sentencias de Pandeletes que llevabas en tu alforja.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¡Qué gran sabiduría...!

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¡Qué gran locura...!

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— …la que has recordado.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— …la tuya y la de Atenas que alimenta al corruptor de la juventud.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¿Pretendes educar a este joven, viejo chocho?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Claro está que sí, a no ser que quiera perderse y ejercitarse solo en la charlatanería.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— (*A Fidípides*). Acércate aquí y déjale que delire.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Te arrepentirás si le tiendes la mano.

CORO.— Déjense de riñas y de injurias, y declaren: tú lo que enseñabas a los hombres de otra época y tú la nueva doctrina; para que este joven, oído y sentenciado este pleito, se decida por la que mejor le parezca.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Me place.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— A mí también.

CORO.— Ea, ¿quién hablará primero?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Concedo que principie este; cuando haya hablado, yo me encargo de destrozar sus dichos con palabras y pensamientos nuevos, agudos como flechas; y, por último, si aún se

atreve a respirar, los rasgos de mi elocuencia le darán muerte, picándole toda la cara y los ojos, como si fueran tábanos.

CORO.— (*Al Razonamiento Justo*). Vas a demostrar ahora por medio de artificiosas palabras, sutiles pensamientos y profundas sentencias cuál de ustedes es más hábil en el arte oratoria. Hoy se debaten grandes asuntos de la filosofía, por lo cual mis amigos libran un gran combate. Tú, que inspiraste a los antiguos tan buenas costumbres, levanta la voz en defensa de tu causa favorita y danos a conocer tu carácter.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Voy a decir cuál era la educación antigua, en los tiempos florecientes en que yo predicaba la justicia, y la modestia reinaba en las costumbres. En primer lugar, era necesario que ningún niño pronunciase imperfectamente. Los que vivían en un mismo lugar iban a casa del maestro de música, recorriendo modestamente las calles desnudos y en buen orden, aunque la nieve cayese tan espesa como la harina del cedazo. Después se sentaban con las piernas separadas y se les enseñaba o el canto «Temible Palas, destructora de ciudades», o el que principia «Grito resonante a lo

lejos», conservándoles el aire que les habían dado sus antepasados. Si alguno de ellos trataba de hacer alguna payasada, o cantar, imitando los modos de Quío y Sifnio, con las muelles inflexiones inventadas por Frinis, y que hoy gozan de tanta popularidad, era inmediatamente castigado con buenos azotes por enemigo de las Musas. En el gimnasio debían sentarse con las piernas extendidas para no enseñar ninguna indecencia; y cada cual al levantarse debía remover la arena, cuidando de no dejar a los amantes ninguna huella de su sexo. Ningún niño se ungía entonces más abajo del ombligo, floreciendo en sus vergüenzas un vello suave como el de las manzanas; ni se ofrecía por sí mismo a un amante con dulces inflexiones de voz y miradas lascivas. No les era permitido comer rábanos; ni el anís, reservado a los viejos, ni apio, ni peces, ni tordos, poner una pierna sobre otra.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Todo esto es antiquísimo y coetáneo de las fiestas Diipolias, llenas de cigarras, del poeta Cocidas, y de las Eufonías.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Sin embargo, esta fue la educación que formó los héroes que pelearon en Maratón. Tú en cambio les enseñas a envolverse

enseguida en sus vestidos; así es que me indigno, cuando, si les es necesario bailar en las Panateneas, veo a algunos cubriéndose con el escudo, sin cuidarse de Atenea. Por lo tanto, joven, decídete por mí sin vacilar; y aprenderás a aborrecer los pleitos, a no acudir a los baños públicos, a avergonzarte de las cosas torpes, a indignarte cuando se burlen de ti, a ceder tu asiento a los ancianos que se te acerquen, a conducirte bien con tus padres, y a no hacer nada deshonesto, porque debes de ser la imagen del pudor; a no extasiarte ante las bailarinas, no sea que mientras las miras como un papanatas alguna meretriz te arroje su manzana, con detrimento de tu reputación, a no contradecir a tu padre, ni, burlándote de su vejez, recordar los defectos del que te ha educado.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Cree lo que este dice y, por Baco, te parecerás a los hijos de Hipócrates y te llamarán el tonto.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Brillarás en los gimnasios; no charlarás sandeces en la plaza pública, como hacen los jóvenes del día, ni entablarás pleitos por la cosa más pequeña, cuando pueden arruinarte las calumnias de tus adversarios. Sino que, bajando a la

Academia, te pasearás con un sabio de tu edad bajo los olivos sagrados, ceñidas las sienes con una corona de caña blanca, respirando en la más deliciosa ociosidad el perfume de los tejos y del follaje del álamo blanco, y gozando de los hermosos días de primavera, en los que el plátano y el olmo confunden sus murmullos. Si haces lo que te digo y sigues mis consejos, tendrás siempre el pecho robusto, el cutis fresco, anchas las espaldas, corta la lengua, gruesas las nalgas, y proporcionado el vientre. Pero si te aficionas a las costumbres modernas, tendrás muy pronto color pálido, pecho débil hombros estrechos, lengua larga, nalgas delgadas, vientre desproporcionado, y serás gran litigante. El otro te educará de tal modo que te parecerá torpe lo honesto, y honesto lo torpe, y por último, serás tan infame como Antímaco.

CORO.— ¡Qué grato perfume de virtud exhalan tus palabras, cultivador de la más sólida y elevada filosofía! ¡Dichosos los hombres que vivieron en la época de tu esplendor! (*Al Razonamiento Injusto*). Tú, que posees todos los recursos de la oratoria, es preciso que digas algo nuevo contra este, que se ha hecho digno de alabanza. Necesitas ciertamente emplear recursos extraordinarios

contra tu adversario, si quieres vencerle y no ser blanco de la burla de todos.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Hace tiempo que me abrasa la impaciencia, y ardo en deseos de echar por tierra todos sus argumentos. Los filósofos me llaman injusto porque soy el primero que he descubierto la manera de contradecir las leyes y el derecho, pero ¿no es una habilidad inestimable la de salir vencedor en la causa más débil? Verás cómo refuto su decantado sistema de educación. En primer lugar, te prohíbe los baños calientes. (*Al Razonamiento Justo*). ¿En qué te fundas para vituperar los baños calientes?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— En que son perjudiciales y debilitan al hombre.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Alto, ya estás cogido y no te escaparás. Dime, ¿cuál de los hijos de Zeus ha sido el más esforzado y ha llevado a cabo más trabajos?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Creo que ninguno sobrepuja a Heracles.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Y ¿dónde has visto baños fríos bajo la advocación de Heracles? Sin embargo, ¿quién era el más esforzado?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Esas son las razones que los jóvenes tienen siempre en la boca, y gracias a ellas los baños están llenos y desiertas las palestras.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— También vituperas la costumbre de hablar en la plaza pública. Yo la alabo. Porque, si eso fuese perjudicial, Homero no hubiera hecho orador a Néstor, ni a todos los demás sabios. Pasemos al ejercicio de la lengua, dice que los jóvenes no deben cultivarla; yo digo lo contrario. También recomienda la modestia. En total, dos malos consejos. Porque ¿a quién has visto que haya conseguido bien alguno por medio de la modestia? Habla, refútame.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— He visto muchos, por causa de ella recibió Peleo una espada.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¡Una espada! ¡Linda ganancia tuvo el desdichado! Ahí tienes a Hipérbolo, que gracias a su malicia y no a su espada ha ganado muchos talentos vendiendo lámparas.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— El mismo Peleo, por ser modesto, se casó con la diosa Tetis.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Que se marchó muy pronto y le dejó solo; porque no era un hombre violento, capaz de pasar toda la noche en dulces luchas de amor, que es lo que agrada a las mujeres. Pero tú eres un viejo chocho. Considera, joven, todas las contrariedades de la modestia; y de qué placeres te privará; de los muchachos, de las mujeres, de los juegos, de los pecados, de beber y de reír. ¿Para qué quieres la vida privada de estos placeres? Basta de esto. Paso ahora a las necesidades de la naturaleza. Has delinquido, has amado, has cometido algún adulterio y eres cogido *in fraganti*; ya eres hombre muerto porque no sabes defender tu causa. Pero, conmigo, goza sin cuidado de la vida, baila, ríe, y nada te avergüence. Si eres sorprendido con la mujer ajena, asegura al marido que no has faltado; echa la culpa a Zeus que también fue vencido por el amor y las mujeres. Tú siendo inmortal, ¿cómo puedes ser más fuerte que el padre de los dioses?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Y siguiendo tus lecciones, es condenado al castigo de los adúlteros,

¿encontrará entonces algún argumento para demostrar que no es un bardaje?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Y aunque sea un bardaje, ¿qué mal hay en ello?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— ¿Puede haber mal mayor?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¿Qué dirás si también te venzo en este punto?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Me callaré; ¿qué podría hacer?

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Ea, dime, ¿a qué clase pertenecen los oradores?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— A la de los bardajes.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Lo creo. ¿Y los poetas trágicos?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— A la de los bardajes.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— Tienes razón. ¿Y los demagogos?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— A la de los bardajes.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¿Ves cómo yo no hablaba tan neciamente? Mira ahora a qué clase pertenecen la mayoría de los espectadores.

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Ya miro.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¿Qué ves?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Por los dioses, veo que los más son bardajes. (*Señalando al público*). Este que yo conozco, ese, y aquel de los largos cabellos.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.— ¿Qué dices ahora?

EL RAZONAMIENTO JUSTO.— Son vencidos. ¡Bardajes, reciban mi manto; me paso a ustedes! (*Se retiran*).

SÓCRATES.— Y bien, ¿quieres llevarte a tu hijo o dejarle para que le enseñe el arte de hablar?

ESTREPSÍADES.— Enséñale, castígale, y no te olvides de afilar bien su lengua, de modo que uno de sus dos filos le sirva para los negocios de poca monta, y el otro para los de mucha importancia.

SÓCRATES.— Pierde cuidado; te lo enviaré hecho un completo sofista.

FIDÍPIDES.— Bien pálido, me parece, y bien miserable.

CORO.— Ve, pues; creo que te arrepentirás algún día. (*Entran en la escuela de Sócrates*). Queremos decirles, jueces, lo que ganaras si nos otorgan la protección merecida. En primer lugar, al principio de la primavera, cuando quieran labrar sus tierras lloveremos antes para ustedes y enseguida para los demás; después, cuando sus viñas tengan ya racimos, cuidaremos de que no las perjudiquen ni la sequía ni la excesiva humedad. Pero, si algún mortal nos ofende, piense en los muchos males que le reserva nuestra venganza. No recogerá de su campo vino ni fruto alguno; cuando principien a brotar sus vides y sus olivos, los devastaremos y los destruiremos por medio del huracán; si le vemos fabricar ladrillos, lloveremos y romperemos con redondo granizo las tejas

de su casa; cuando él o alguno de sus parientes o amigos contraiga matrimonio, lloveremos a torrente toda la noche, de modo que preferirá haber estado en Egipto a haber juzgado injustamente.

(*Estrepsíades sale de su casa con un saco de harina y se dirige a la de Sócrates*).

ESTREPSÍADES.— Aún faltan cinco días; después cuatro, tres, dos y por último viene luego a toda prisa el que más temo, detesto y abomino, el día treinta del mes. Todos mis acreedores hacen el depósito necesario para entablar un pleito y juran arruinarme y perderme, sin embargo, mis proposiciones son moderadas y justas. «Amigo mío, digo a cada uno, no me exijas por ahora esta cantidad; dame prórroga para pagarte esta otra; perdóname aquella». Pero ellos dicen que así no cobrarán nunca, me insultan llamándome injusto y dicen que van a procesarme. ¡Qué me procesen! Poco me importa si Fidípides aprende el arte de hablar bien. Pronto lo sabré; llamemos a la puerta de la escuela. ¡Esclavo! ¡Hola, esclavo!

SÓCRATES.— Salud a Estrepsíades.

ESTREPSÍADES.— Salud a Sócrates. Por lo pronto, toma esto. Es justo regalar alguna cosa al maestro. Di: ¿ha aprendido mi hijo el famoso razonamiento?

SÓCRATES.— Lo ha aprendido.

ESTREPSÍADES.— ¡Bien, oh, Fraude omnipotente!

SÓCRATES.— Podrás ganar todos los pleitos que quieras.

ESTREPSÍADES.— ¿Aunque haya habido algún testigo cuando yo tomé el préstamo?

SÓCRATES.— Aunque haya habido mil.

ESTREPSÍADES.— De modo que podré gritar en alta voz: ¡Ay de ustedes, usureros! Ahora perecerán con su capital y los intereses de los intereses; no me vejarán más porque en esa escuela se educa un niño mío, armado de una lengua de dos filos, que será mi defensor, el salvador de mi casa, el azote de mis enemigos, el que libertará a su padre de infinitos cuidados y molestias. Llámale pronto afuera. ¡Hijo mío, hijo mío! ¡Sal de la casa! ¡Atiende a tu padre!

SÓCRATES.— Aquí viene.

ESTREPSÍADES.— ¡Oí, amigo mío! ¡Amigo mío!

SÓCRATES.— Parte y llévatelo. (*Sócrates entra en su casa*).

ESTREPSÍADES.— ¡Oh, hijo mío! ¡Ah! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro al ver tu color! Tu rostro indica que estás dispuesto primero a negar, después a contradecir, y que te es muy familiar esta frase: «¿Qué dices tú?» y el fingirte injuriado, cuando injurias y maltratas a los demás. Hasta en tu semblante brilla la mirada ática. Ahora date maña a salvarme, ya que me has perdido.

FIDÍPIDES.— ¿Qué te atemoriza?

ESTREPSÍADES.— El día viejo y nuevo.

FIDÍPIDES.— ¿Hay acaso algún día viejo y nuevo?

ESTREPSÍADES.— En él dicen que van a hacer sus depósitos, a procesarme.

ESTREPSÍADES.— Pues perderán los depositantes; porque un día no puede ser dos días.

ESTREPSÍADES.— ¿Que no puede ser?

FIDÍPIDES.— ¿Cómo? A menos que la misma mujer pueda ser a un tiempo vieja y joven.

ESTREPSÍADES.— La ley así lo dispone.

FIDÍPIDES.— Indudablemente no comprenden bien el espíritu de la ley.

ESTREPSÍADES.— ¿Cuál es su espíritu?

FIDÍPIDES.— El viejo Solón era, por carácter, amigo del pueblo.

ESTREPSÍADES.— Eso no tiene nada que ver con el día nuevo y viejo.

FIDÍPIDES. -Y fijó dos días para la citación a juicio, el viejo y el nuevo, a fin de que los depósitos fuesen hechos el día del novilunio.

ESTREPSÍADES.— ¿Y por qué añadió el viejo?

FIDÍPIDES.— ¿Preguntas por qué, fatuo? Con objeto de que los que hayan sido citados tengan un día para

arreglar amigablemente el asunto; y de lo contrario, para que pueda reclamárseles en la mañana misma del novilunio.

ESTREPSÍADES.— Entonces ¿por qué los magistrados no reciben los depósitos el día primero de mes, sino en el anterior, en el día nuevo y viejo?

FIDÍPIDES.— Me parece a mí que hacen lo que los glotones: adelantan un día para disfrutar más pronto de los depósitos de los litigantes.

ESTREPSÍADES.— ¡Bien! Pobres tontos que sirven de juguete a nosotros los sabios porque son como piedras, como un rebaño de imbéciles, como borregos aglomerados al acaso cual si fueran tinajas. Preciso es que yo entone un himno de alabanza en honor mío y de mi hijo: «¡Feliz Estrepsíades, cuán sabio eres, y qué hijo has educado!». Tales serán las palabras de mis amigos y conciudadanos cuando me feliciten por haber ganado mis pleitos con tu elocuencia. Pero entra, que antes quiero darte una buena comida. (*Entran en la casa*).

PASIAS.— (*Dirigiéndose al testigo que viene con él*). ¿Conviene perder alguna vez los bienes propios en

provecho de los demás? Nunca seguramente. Yo debí hace tiempo deponer toda vergüenza y me hubiera ahorrado estos disgustos. Ahora, para recobrar mi dinero, tengo que traerte como testigo y convertir en enemigo un conciudadano. Pero suceda lo que suceda, jamás, mientras viva, me he de mostrar indigno de mi patria. Citaré a Estrepsíades...

(*Sale Estrepsíades*).

ESTREPSÍADES.— ¿Quién es este?

PASIAS.— Para el día viejo y nuevo.

ESTREPSÍADES.— Sean testigos de que ha indicado dos días a la vez. ¿Por qué me citas?

PASIAS.— Por las doce minas que te presté cuando compraste el caballo tordo.

ESTREPSÍADES.— ¿Un caballo? ¿No le oyen todos ustedes que saben cuánto aborrezco la equitación?

PASIAS.— Y juraste por los dioses que me las habías de restituir.

ESTREPSÍADES.— ¡Por Zeus! Entonces mi hijo Fidípides aún no había aprendido el razonamiento irresistible.

PASIAS.— ¿Y piensas por eso negar ahora tu deuda?

ESTREPSÍADES.— ¿Qué otro provecho he de sacar de aquella enseñanza?

PASIAS.— ¿Y te atreverás a negarla ante los dioses cuando yo te exija el juramento?

ESTREPSÍADES.— ¿Qué dioses?

PASIAS.— Zeus, Hermes, Poseidón...

ESTREPSÍADES.— Sin duda; y aun añadiré tres óbolos por el gusto de que me hagas prestar juramento.

PASIAS.— ¡Ojalá castiguen tu desvergüenza!

ESTREPSÍADES.— Si a este hombre le restregasen con sal estaría mejor.

PASIAS.— ¡Ah, te burlas!

ESTREPSÍADES.— Caben en él seis congios.

PASIAS.— ¡Por el gran Zeus y por todos los dioses! No te burlarás de mí impunemente.

ESTREPSÍADES.— Me estás dando risa con tus dioses. Zeus, por quien juras, excita la hilaridad de las personas ilustradas.

PASIAS.— Algún día serán castigadas tus blasfemias. Pero contesta si me pagarás o no; despáchame pronto.

ESTREPSÍADES.— Ten paciencia. En seguida te voy a contestar claramente. (*Entra en su casa*).

PASIAS.—(*Al testigo*). ¿Qué te parece que hará?

EL TESTIGO.— Me parece que te restituirá lo que le prestaste.

ESTREPSÍADES.— ¿Dónde está el que reclama el dinero? Di, ¿qué es esto?

PASIAS.— ¿Qué es eso? Un pequeño mortero.

ESTREPSÍADES.— ¿Y te atreves a reclamar tu dinero siendo tan rudo? No; jamás devolveré ni un óbolo a quien llama mortero a la mortera.

PASIAS.— ¿Conque no me pagarás?

ESTREPSÍADES.— No que yo sepa. ¿Pero te marchas o piensas echar raíces en la puerta?

PASIAS.— Me voy. Pero ten presente que, o me muero, o hago el depósito legal para demandarte.

ESTREPSÍADES.— Será una nueva pérdida que tendrás que añadir a la de las doce minas. De todas maneras, siento que te suceda eso por haber llamado neciamente mortero a la mortera.

AMINIAS.— ¡Ay, pobre de mí!

ESTREPSÍADES.— ¡Hola! ¿Quién es este que se queja? ¿Acaso ha hablado alguno de los dioses de Carcino?

AMINIAS.— ¿Quién soy? ¿Quieres saber quién soy? Soy un hombre desgraciado.

ESTREPSÍADES.— Sigue entonces tu camino.

AMINIAS.— ¡Oh, triste suerte mía! ¡Oh, fortuna, que has roto las ruedas de mis carros! ¡Oh, Palas, tú me has perdido!

ESTREPSIADES.— ¿Pues qué daño te ha causado Tlepólemo?

AMINIAS.— No te burles de mí, amigo mío; manda más bien a tu hijo que devuelva el dinero que me debe, hoy principalmente que estoy en la desgracia.

ESTREPSIADES.— ¿De qué dinero hablas?

AMINIAS.— Del que le presté.

ESTREPSÍADES.— Tú no estás bueno, a lo que parece.

AMINIAS.— Es verdad, me he caído al hacer galopar los caballos.

ESTREPSIADES.— Pues no se conoce, porque deliras como si nunca te hubieras caído del asno.

AMINIAS.— ¡Conque deliro porque quiero cobrar lo que se me debe!

ESTREPSIADES.— Es imposible que estés en tu sano juicio.

AMINIAS.— ¿Por qué?

ESTREPSIADES.— Me parece que tienes el cerebro algo perturbado.

AMINIAS.— Por Hermes, te citaré a juicio, si no me devuelves el dinero.

ESTREPSÍADES.— Dime, cuando llueve, ¿crees tú que Zeus hace siempre caer agua nueva o bien que es el agua suspendida en el aire por el calor del sol?

AMINIAS.— No lo sé, ni me importa saberlo.

ESTREPSÍADES.— Entonces, ¿cómo ha de ser justo el pagarte si no tienes ninguna noción de meteorología?

AMINIAS.— Si te encuentras apurado, págame al menos el interés.

ESTREPSÍADES.— ¿El interés? ¿Qué animal es ese?

AMINIAS.— Es el dinero que va creciendo más y más cada día, a medida que transcurre el tiempo.

ESTREPSÍADES.— Muy bien dicho. Pero contesta: ¿crees tú que el mar es ahora más grande que antes?

AMINIAS.— No, por Zeus, siempre es igual, porque el mar no puede aumentarse.

ESTREPSÍADES.— ¿Y cómo, gran canalla, si el mar no crece a pesar de los ríos que en él desembocan, pretendes tú aumentar incesantemente tu dinero? A ver si te largas pronto de esta casa. ¡Pronto! Un palo.

AMINIAS.— Sean testigos de esto.

ESTREPSÍADES.— ¡Largo de aquí! ¿Qué esperas? ¿No te moverás?

AMINIAS.— ¿No es esto una injuria?

ESTREPSÍADES.— ¿Te mueves, o me obligas a que te pinche como a un caballo de tiro? ¿Huirás? (*Sale*). Ya iba yo a removerte con tus ruedas y tus carros. (*Estrepsíades entra en la casa*).

CORO.— ¡Lo que es aficionarse a las malas obras! Este viejo, que las ama con pasión, quiere defraudar a sus acreedores el dinero que le prestaron; pero es imposible que hoy no le sobrevenga alguna desgracia, y que este sofista, en castigo de sus tramas, no sea víctima de algún mal imprevisto. Creo que muy pronto conseguirá lo que deseaba, y su hijo sabrá oponer hábiles argumentos contra la justicia, y vencerá a todos sus adversarios aun cuando defienda las peores causas. Pero quizá llegue a desear que su hijo sea mudo.

ESTREPSÍADES.— (*Saliendo precipitadamente*). ¡Ay! ¡Ay! ¡Vecinos, parientes, ciudadanos, socórranme con todas sus fuerzas! ¡Me apalean! ¡Ay, mis mandíbulas! ¡Infame! ¿No ves que es a tu padre a quien maltratas?

FIDÍPIDES.— Lo confieso, padre mío.

ESTREPSÍADES.— ¿Oyen? Confiesa que me maltrata.

FIDÍPIDES.— Sin duda.

ESTREPSÍADES.— ¡Perverso, parricida, horadador de murallas!

FIDIPIDES.— Dime otra vez esas injurias y añade otras. ¿Sabes que tengo el mayor gusto en escucharlas?

ESTREPSÍADES.— ¡Infame!

FIDÍPIDES.— Me estás cubriendo de rosas.

ESTREPSÍADES.— Maltratas a tu padre.

FIDÍPIDES.— Y, por Zeus, he de demostrar que tengo razón en pegarte.

ESTREPSÍADES.— ¡Perversísimo! ¿Acaso puede nunca haber razón para pegar a su padre?

FIDÍPIDES.— Yo te lo demostraré y te convenceré con mis palabras.

ESTREPSÍADES.— ¿Qué me convencerás?

FIDIPIDES.— Hasta la evidencia y muy fácilmente. Elige: ¿cuál de los dos razonamientos he de emplear?

ESTREPSIADES.— ¿Cuáles razonamientos?

FIDIPIDES.— El fuerte o el débil.

ESTREPSÍADES.— A la verdad, querido mío, daré por bien empleados mis afanes para enseñarte a contradecir la Justicia, si consigues persuadirme que es bueno y justo que los hijos golpeen a sus padres.

FIDIPIDES.— Pues creo que te persuadiré de tal manera que en cuanto me hayas oído no tendrás nada que replicarme.

ESTREPSÍADES.— Tengo ganas de oírte.

CORO.— (*A Estrepsíades*). A ti te corresponde, anciano, el encontrar un medio de reducirle a la obediencia; porque no estaría tan soberbio si dudase de su triunfo. Por tanto, hay alguna cosa que le hace insolente como hombre confiado en sus propias fuerzas. Pero primeramente conviene que digas al Coro cómo ha tenido lugar su disputa. Esto es lo que debes hacer antes de todo.

ESTREPSÍADES.— Lo diré cómo comenzó nuestra reyerta. Después que hubimos comido, como saben, le mandé en primer lugar tomar su lira y cantar la canción de Simónides, «Cuando el carnero fue trasquilado». Y en seguida me replicó que era una necedad cantar

de sobremesa acompañándose con la cítara, como una mujer ocupada en moler trigo.

FIDIPIDES.— ¿Y no era motivo para golpearte y patearte el que me hubieses mandado cantar como si tuvieras cigarras convidadas?

ESTREPSÍADES.— Ahora no hace más que repetir lo que me dijo en casa; también aseguró que Simónides era un mal poeta. Me contuve al principio, aunque con trabajo, y le mandé que, tomando la rama de mirto, me recitase algún trozo de Esquilo. «¡Esta muy bien! —me contestó—. Precisamente yo considero a Esquilo el primero de nuestros poetas como que es desordenado, enfático, estrepitoso y desigual».

Con estas palabras, consideren cómo estaría mi corazón, pero reprimiendo la ira le dije: «Ea, recita, si no, algunos pasajes de los poetas modernos que son los más doctos». Y en seguida cantó un fragmento de Eurípides, en que un hermano, ¡justo cielo!, viola a su hermana de madre. Entonces yo no pude contenerme y le dirigí los más terribles insultos, y después, como suele suceder, acumulamos injurias sobre injurias; y por último, este se

lanza sobre mí, me golpea, me maltrata, me sofoca y me mata.

FIDIPIDES.— Muy justamente. ¿Por qué no elogias al doctísimo Eurípides?

ESTREPSIADES.— ¡El doctísimo! ¡Ah!... ¿Cómo diré yo? Pero seré de nuevo maltratado.

FIDÍPIDES.— Sí, por Zeus, y justamente.

ESTREPSÍADES.— ¡Justísimamente, desvergonzado! ¡A mí que te he educado con tanto cariño, que adivinaba los deseos que manifestabas con voz todavía balbuceante! Si decías «brin», te comprendía, y te daba al punto de beber. Si decías «manman», en seguida te traía pan. Apenas habías dicho «cacean» te sacaba fuera y te sostenía para que hicieras tus necesidades. Ahora, aunque yo clame y grite, es bien seguro, bribón, que no me sacaras fuera ni me sostendrás. Al contrario, me sofocas y me obligas a desahogarme aquí mismo.

CORO.— Creo que el corazón de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va a decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crimen,

no doy un comino por la piel de los viejos. (*A Fidípides*) Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

FIDÍPIDES.— ¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas e ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba solo de la equitación, no podía pronunciar tres palabras seguidas sin equivocarme; pero, desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas y me he acostumbrado a los pensamientos sutiles, a los discursos y a las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando a mi padre.

ESTREPSÍADES.— Sigue con la equitación, por Zeus. Prefiero mantener cuatro caballos a ser molido a golpes.

FIDÍPIDES.— Reanudo mi discurso en donde tú lo has interrumpido, y principio por preguntarte: ¿me pegaste cuando era chico?

ESTREPSÍADES.— Sí, porque te quería y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES.— Dime, ¿no será justo que ahora mire yo igualmente por tu bien, y te pegue, puesto que el pegar a uno es mirar por su bien? ¿Es razonable que tu cuerpo este exento de palos y el mío no? ¿No nací yo de tan libre condición como tú? Lloran los hijos, ¿y no han de llorar los padres? ¿Crees que los padres no deben llorar?

ESTREPSÍADES.— ¿Por qué?

FIDÍPIDES.— Tú dirás que la ley tolera que el niño sea castigado, y yo replicaré que los viejos son dos veces niños y que es más justo castigar a los viejos que a los jóvenes, por cuanto sus faltas son menos excusables.

ESTREPSÍADES.— Pero ninguna ley establece que el padre sea castigado.

FIDIPIDES.— ¿No era hombre como tú y como yo el que primeramente presentó aquella ley y persuadió a los antiguos a que la aprobasen? Pues bien, ¿qué se opone a que yo haga una nueva por la cual los hijos puedan a su vez castigar a los padres? De buen grado les perdonamos los golpes recibidos antes de la promulgación de esta ley y consentimos el haber sido maltratado impunemente. Mira cómo los gallos y los demás animales se vuelven

contra sus padres; sin embargo, ¿se diferencian de nosotros en otra cosa que en no redactar decretos?

ESTREPSÍADES.— Ya que imitas a los gallos en todo, ¿por qué no comes estiércol y duermes en un palo?

FIDÍPIDES.— No es lo mismo, querido; Sócrates no admitiría ese argumento.

ESTREPSÍADES.— No me pegues, pues te perjudicarás tú mismo.

FIDÍPIDES.— ¿Por qué?

ESTREPSÍADES.— Porque lo justo es que yo te castigue; y que tú castigues a tu hijo, si alguno te nace.

FIDÍPIDES.— ¿Y si no me nace? Habré llorado en vano, y tú morirás burlándote de mí.

ESTREPSÍADES.— En verdad, amigos míos, voy creyendo que tiene razón y que se les debe conceder lo que es equitativo. Justo es que seamos castigados si no andamos derechos.

FIDÍPIDES.— Escucha otro argumento todavía.

ESTREPSÍADES.— Soy hombre muerto.

FIDÍPIDES.— Quizá te alegres de haber sido maltratado.

ESTREPSÍADES.— ¿Cómo? Dime qué ganancias sacaré.

FIDÍPIDES.— Maltrataré también a mi madre.

ESTREPSÍADES.— ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Eso es mucho peor!

FIDÍPIDES.— ¿Qué dirás, si te pruebo por medio de aquel razonamiento que es necesario maltratar a la madre?

ESTREPSÍADES.— Si haces eso, nada se opondrá a que te arrojes al Báratro con Sócrates y su maldito razonamiento. Por ustedes, Nubes, me sucede esto; por ustedes a quienes encomendé todos mis asuntos.

CORO.— Tú tienes la culpa de todo por haber seguido la senda del mal.

ESTREPSÍADES.— ¿Por qué no me lo advirtieron antes, en vez de engañar a un pobre viejo campesino?

CORO.— Siempre obramos de esa manera cuando conocemos que alguno se inclina al mal, hasta enviarle una desgracia, para que aprenda a respetar a los dioses.

ESTREPSÍADES.— ¡Ay! Doloroso es el castigo. ¡Oh, Nubes! Pero justo. Pues no debía haber negado a mis acreedores el dinero que me prestaron. Ahora, hijo mío querido, acompáñame para que nos venguemos del infame Querefón y de Sócrates, que nos han engañado.

FIDÍPIDES.— Nunca maltrataré a mis maestros.

ESTREPSÍADES.— Respeta a Zeus paternal.

FIDÍPIDES.— ¡Zeus paternal! ¡Qué tonto eres! ¿Hay acaso algún Zeus?

ESTREPSÍADES.— Sí.

FIDÍPIDES.— No hay tal; pues reina el Torbellino que ha destronado a Zeus.

ESTREPSÍADES.— No lo ha destronado; pero entonces creía que ese Torbellino era Zeus. ¡Pobre de mí, que tomé por un dios a un vaso de arcilla!

FIDÍPIDES.— Quédate ahí diciendo necedades. (*Se va*).

ESTREPSÍADES.— ¡Funesto delirio! ¡Qué necio fui al negar los dioses, persuadido por Sócrates! Pero, queridísimo Hermes, no te encolerices conmigo; no me aniquiles; perdona a un pobre hombre fascinado por la charlatanería de los sofistas; sé mi consejero, ¿qué te parece?, ¿entablaré contra ellos un proceso o adoptaré otra resolución?... ¡Excelente consejo! Dices que no espere la tardía determinación de una sentencia e incendie cuanto antes la casa de los habladores. ¡Hola, Xantias! Ven acá, trae una escalera y un azadón, sube en seguida al tejado de la escuela; y si amas a tu dueño, sacude de firme hasta que el techo se desplome sobre los habitantes. Denme también una antorcha encendida, quiero vengarme de esos infames a pesar de toda su arrogancia.

DISCÍPULO PRIMERO.— ¡Ay! ¡Ay!

ESTREPSIADES.— Antorcha mía, lanza una llama devoradora.

DISCÍPULO PRIMERO.— ¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo?

ESTREPSIADES.— ¿Qué hago? Disputo sobre sutilezas con las vigas de la casa.

DISCÍPULO SEGUNDO.— ¡Ah! ¿Quién incendia nuestra casa?

ESTREPSÍADES.— Aquel a quien has cogido la capa.

DISCÍPULO SEGUNDO.— ¡Que nos vas a matar! ¡Que nos vas a matar!

ESTREPSÍADES.— No quiero otra cosa, con tal que el azadón no defraude mis esperanzas o que antes no me desnuque cayéndome de lo alto.

SÓCRATES.— ¡Hola! ¿Qué haces en el tejado?

ESTREPSÍADES.— Camino por el aire y contemplo el sol.

SÓCRATES.— ¡Ay de mí! Intentas asfixiarme.

QUEREFÓN.— ¡Desgraciado! Voy a morir quemado vivo.

ESTREPSÍADES.— ¿Quién le mandaba ultrajar a los dioses y contemplar el lugar de la luna? Sigue, arranca, destroza, paguen así todas sus culpas, y principalmente su impiedad.

CORO.— Retirémonos, pues el Coro ha trabajado bastante...

FIN

“SÓCRATES.- No, solamente quiero hacerte algunas breves preguntas. En primer lugar, ¿tienes memoria?

ESTREPSÍADES.- Sí, por cierto, y de dos clases. Si me deben, tengo una memoria excelente; pero si debo, ¡pobre de mí! Soy muy olvidadizo.

Colección
Lima Lee

